





**EL TEATRO.**  
**COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.**

---

# ANGEL,

**DRAMA**

**EN TRES ACTOS Y EN VERSO,**

**ORIGINAL DE**

**DON FRANCISCO JAVIER SANTERO.**

---

**SEGUNDA EDICION.**

---

**MADRID.**  
**HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.**  
**OFICINAS: POZAS—2—2.º**  
**1880.**



# ANGEL,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO JAVIER SANTERO.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL en Marzo  
de 1880.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 48.  
1880.

## PERSONAJES.

---

## ACTORES.

---

MAGDALENA.....	SRTA. MENDOZA.
CONDESA.....	SRA. MARIN (1).
RITA.....	SRA. GALLARDO.
DOCTOR.....	SR. ANTONIO VICO.
FERNANDO.....	SR. RICARDO CALVO.
GASPAR.....	SR. LUNA.
MENDOZA.....	SR. ALFREDO CALVO.
ENRIQUE.....	SR. M. JIMENEZ.
ANTONIO.....	SR. FERNANDO CALVO.
CRIADOS.....	» »

---

(1) La señora Marin se ha prestado gustosa á desempeñar un papel inferior en obsequio al autor.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS DE A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## À MI QUERIDO PADRE.

Nadie con más títulos para que le dedique mi primera produccion dramática, que quien me ha inspirado el carácter del doctor de ÁNGEL, y á quien debo inmensa gratitud.

Su hijo

XAVIER.

Marzo de 1880.

257095-





---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala decentemente amueblada; puertas al centro y laterales:  
en el centro un velador con periódicos, una cafetera y  
cigarrera: á los lados sillones: mesita de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, cosiendo, el DOCTOR que entra.

MAG. Adios, querido Doctor.

DOCTOR. Adios, ángel de la casa.

MAG. Gracias.

DOCTOR. Por qué, si usted sabe  
que así lo siente mi alma?  
¿Y Fernando?

MAG. Hace ya dias  
que no le veo; fué á caza  
con su tío y hoy le espero.

DOCTOR. ¿Y Angelito?

MAG. Él es la causa  
de que le haya molestado.

DOCTOR. Molestarme á mi, ¡caramba!  
¿Y qué es ello?

MAG. No lo sé,  
pero tiene mala cara  
y está estos dias tan triste...

DOCTOR. Todo ello será nada  
más que aprensiones de madre.

MAG. ¡Ay! Dios lo quiera. Otra gracia  
tenía que suplicarle.

DOCTOR. Diga usted.

MAG. La pobre Juana,  
la que vive en la bohordilla,  
tiene á su hija muy mala,  
y ayer cuando la llevé  
algunas ropas de cama,  
al mirar su desnudez  
me dió la pobre tal lástima,  
que prometí subiría  
usted hoy á visitarla.

DOCTOR. Repito, es usted un ángel.

MAG. ¿Irá usted?

DOCTOR. ¿Puedo negarla  
algo?

MAG. Gracias. También sabe  
que, aunque yo no valgo nada,  
dispuesta estoy á servirle.  
¡Que una madre á quien la salvar  
un hijo!...

DOCTOR. Bah! Magdalena,  
esa deuda está pagada  
por su parte con exceso,  
que aún tengo dentro del alma  
grabado el dulce recuerdo  
de aquellas cinco semanas  
en que enfermo y desahuciado  
contra la muerte luchaba,  
y usted, llena de bondad,  
ni un instante de mi cama  
se separó; y más le debe  
á su celo y vigilancia  
y á sus constantes cuidados  
mi salud, que á la farmacia.  
Desde entónces, hija mía,  
culto la rindo en mi alma,  
y sus penas son mis penas  
y mi casa es esta casa;  
y hasta en su hijo contemplo

el consuelo de mis canas.

MAG. Doctor... (Le aprieta la mano con efusion.)

DOCTOR. (Conmovido.) No, si es egoísmo:  
no me agradezca usted nada.  
Hijo... sabe Dios de quien...  
mi cuna fué abandonada  
y crecí como la yedra,  
que del muro lo alto escala  
sin que la piedra la preste  
jugos, colores, ni savia.  
Educado en los asilos  
que la caridad consagra  
á recoger los despojos  
del crimen y la desgracia,  
triste pasó mi niñez  
sin que en mi senda encontrara  
más que desprecio y sarcasmo,  
ó esas caricias prestadas  
que cual la luz de la luna  
no calienta lo que baña.

MAG. Sí. Pero ya, por fortuna,  
tan grande es, Doctor, su fama,  
que su nombre le conoce  
y respeta toda España.

DOCTOR. ¿Y qué importa, Magdalena?  
Toda esta gloria envidiada  
por los que al fin de la senda  
me ven, pero no empezarla,  
no vale los sinsabores  
que sufren los que la alcanzan.  
¿Qué importa que la fortuna  
se haya fijado en mi casa,  
si viene á darme sus dones  
hoy que ya no me hace falta?  
¿Para qué quiero, repito,  
riquezas, honores, fama,  
si por falta de cultivo  
se va secando la planta?  
¿Qué importa que el árbol crezca,  
que extienda sus verdes ramas,  
si no tiene á quien dar nombre  
ni nadie su fruto aguarda?

MAG. ¡Oh! no; que á quien beneficios  
á manos llenas derrama,  
su recompensa en el mundo  
tarde ó temprano la aguarda.  
¿Busca usted una familia?  
pues la tiene, y dilatada.  
Todas las madres que han visto  
al hijo de sus entrañas  
junto al borde del sepulcro  
y en su regazo hoy le abrazan;  
todos los hijos que á usted  
deben al besar las canas  
de un padre, y los desgraciados  
que forman toda esa larga  
cadena á quienes atiende.  
cura, socorre y ampara,  
son una inmensa familia  
de padres, hijos y hermanas,  
que le bendicen y quieren  
como el ángel de su guarda.

DOCTOR. Es verdad: eso consuela,  
pero no cierra la llaga.  
Tengo nostalgia de madre  
y es imposible curarla.  
El que está lejos de ella,  
quizás en tierras extrañas,  
puede esperar algún día  
en sus brazos estrecharla.  
Aquel que la tiene muerta,  
puede en su fúnebre lápida  
depositar un recuerdo,  
murmurar una plegaria.  
Pero... ¿y el que, como yo,  
dudando la vida pasa  
si debe buscarla viva  
ó debe muerta llorarla?

MAG. Es verdad.

DOCTOR. Ahí tiene usted  
de mis favores la causa.  
Hé aquí por qué mis auxilios  
ninguno en balde reclama.  
Por eso no llega en vano

pobre ninguno á mi casa;  
porque pienso, y esta idea  
le aseguro que me espanta,  
que quizás sea mi madre  
aquella mísera anciana  
que implorando una limosna  
(Magdalena se va conmoviendo hasta romper á  
llorar.)

su temblona mano alarga,  
ó la que su último aliento  
en una bohardilla exhala.

MAG. ¡Madre mía!

DOCTOR. (Cambiando de tono.) Vamos, vamos,  
si soy más tonto... caramba.  
Pues no me pongo á contarla,  
como si á usted la importara  
el que yo sea inclusero  
ni que...

MAG. Doctor, sus desgracias  
me interesan como mías;  
pero al oír relatarlas  
he llorado... porque yo...  
soy también tan desgraciada .. (Llorando.)

DOCTOR. (Con interés.) ¿Usted... cómo, Magdalena?  
¿Pues qué, Fernando?...

MAG. Eh, bobada.  
Ne me haga usted caso.

DOCTOR. No,  
Magdalena, usted me engaña.  
Si ya sabe que la quiero  
como á una hija.

MAG. No es nada.  
Pero con el mal del niño  
estoy tan impresionada...

DOCTOR. ¿De veras?

MAG. Se lo aseguro.

DOCTOR. Y yo aquí charla que charla  
sin acordarme... Ea, vamos  
á verle.

MAG. Vamos.

DOCTOR. (Ap.) (Me engaña.  
Pero yo averiguaré

de sus pesares la causa.)

(Se van por la puerta lateral.)

## ESCENA II.

FERNANDO, preocupado, y RITA detrás.

FERN. ¿Dónde está la señorita?

RITA. Poco hace, con el Doctor  
aquí estaba. Si el señor  
quiere que avise...

FERN. No, Rita:

¿pero es que alguno ha enfermado?

RITA. El niño.

FERN. ¿Quién... Angelito?

RITA. No, no es nada, señorito,  
que está un poco resfriado.

¿Me manda usted algo?

FERN. Sí.

Dí que le espero al Doctor. (Se va Rita.)

## ESCENA III.

FERNANDO solo.

¿Por qué me falta el valor  
siempre que penetro aquí?...

No me explico lo que siento,

(Se sienta al lado del velador.)

ni sé lo que por mí pasa,

que me produce esta casa

un vago remordimiento.

Hay en ella tanta calma

y tanto recuerdo unido,

que aún en este pobre nido

encuentra solaz el alma.

(Pausa, reparando lo que hay sobre la mesa.)

Diario, café, cigarrera,

ni un detalle se ha olvidado:

todo estaba preparado:

todo indica que me espera.

...¡Pobre mujer! ¿qué fatal

impulso de tu destino  
to colocó en mi camino  
por tu mal y por mi mal?...  
Al respirar la tranquila  
atmósfera de este ambiente,  
no sé lo que el alma siente  
que en su firmeza vacila.  
¿Es de la conciencia el grito,  
ó quizá un resto de amor  
lo que me quita el valor  
cuando más lo necesito?...  
No cabe vacilacion  
ni es ya posible dudar:  
esta noche ha de quedar  
clara nuestra situacion.  
Causarla tan honda pena  
bien sabe Dios que me aflige,  
mas mi posicion lo exige  
Y...

MAG.                    ¡Fernando!) (Entrando.)

FERN.                (Levantándose.)            ¡Magdalena!  
                      (Se abrazan.)

## ESCENA IV.

FERNANDO, MAGDALENA y el DOCTOR.

Magdalena enciende la cafetera. Una criada trae tazas en una bandeja que deja sobre la mesa.

DOCTOR. Don Fernando, bien venido.

FERN. Caro Doctor, bien hallado.

DOCTOR. Ya iba usted á ser anunciado como un objeto perdido.

FERN. Pues en no hacerlo hizo mal.  
¿Y con hallazgo. Doctor?

DOCTOR. Con hallazgo, no señor,  
no doy por usted un real.

FERN. Gracias... ¿Y tú, Magdalena?

MAG. Sin olvidarte un instante.

DOCTOR. No hay un marido tunante  
que no tenga mujer buena.

No merece por infiel  
tener en casa esta cara.

FERN. Pero hombre, usted me declara  
una guerra...

DOCTOR. Sin cuartel.

FERN. Pues yo pago con cariño  
diatribas tan tenaces.  
Vamos, hagamos las paces.

(Se aprietan las manos.)

¿Y qué es lo que tiene el niño?

DOCTOR. Cosas de esta madraza.

MAG. Estaba estos días triste...

FERN. Y tú lo ménos creiste  
que se moría. Cachaza  
necesita usted tener. (Al Doctor.)

MAG. Si tenía que bajar.

FERN. Vamos, eso es abusar

DOCTOR. Pero hombre, qué se ha de hacer?  
Si el médico que visita  
es como un coche simon  
que está á la disposicion  
de aquel que le necesita.

FERN. Vaya, sírvenos calé.

MAGD. Todo estaba preparado.

DOCTOR. Aunque yo ya le he tomado...

FERN. Qué importa.

DOCTOR. Repetiré.

(Magdalena sirve á todos café.)

Gracias.

FERN. Bien.

MAG. Quiere usted rom?

DOCTOR. No, unas gotas de anisado.

(Pausa. Toman el café.)

Vamos, y qué, ¿se ha cazado  
mucho?

FERN. No.

DOCTOR. Gran aficion

se necesita tener  
para con tiempo tan perro  
ir con un idem un cerro  
mata á mata á recorrer.  
Sólo una vez he cazado



y me porté como hay Dios;  
tan sólo dos veces... dos  
la escopeta he disparado:  
pero ambas con tino cierto.

FERN. Doctor...

DOCTOR. Como Juan me llamo:  
un tiro mató al reclamo  
y otro dejó un perro tuerto.

FERN. y MAG. Já, já, já!

DOCTOR. Un pachon muy chato.

MAG. Siempre de tan buen humor.

DOCTOR. Nada, la caza mejor  
es la que se hace en el plato;  
y teniendo una mujer  
tan bonita... ¡camastron!  
¡Si no tiene usted perdon!

FERN. Pero qué tiene que ver...

DOCTOR. Hombre, que tanto cazar...

FERN. Si es mi tío el que me obliga.

DOCTOR. Bueno, no quiero que diga  
que vengo aquí á encizañar.  
(Pausa: el Doctor sorbiendo el café.)

Voy á darla una sorpresa:  
mañana estóy de soiré.

MAG. ¡Hola! y dónde, diga usted.

DOCTOR. En casa de la condesa.

MAG. ¿Á que lo sé? del Cortijo,  
la que usted curó la vista.

DOCTOR. Justo: se empeña que asista  
á los dichos de su hijo,  
y aunque quise resistir  
me rogó con tal porfía,  
que fuera una grosería  
si dejo de concurrir.  
Yo le agradezco su empeño...

MAG. ¡Y cuánta mujer bonita  
habrá!

DOCTOR. Pero que me quita  
tres ó cuatro horas de sueño  
que luego me desmadejan;  
vamos, que el diablo me lleve:  
yo que me acuesto á las nueve

es decir, cuando me dejan,  
formar parte de esa clase  
á quien causa desazones  
si se arrugan los faldones  
ó no está de moda el frac.  
Yo... que ni de joven fui...  
Lo digo de muy buen grado:  
ese mundo encopetado  
no se ha hecho para mí.  
Me encuentro mucho mejor,  
lo declaro muy formal,  
en mi sala de hospital  
que en cualquier baile.

FERN.

Doctor,

comparar... Pero es verdad,  
si no tienen corazón.

DOCTOR.

No está usted en la razón,  
lo que tengo es caridad;  
y al rodearme de aquellos  
que auxilio á mi ciencia imploran,  
si gozo cuando ellos lloran,  
gozo cuando gozan ellos,  
que no existe igual placer  
que aquel que el médico siente  
si está de la muerte enfrente  
y al fin la llega á vencer.  
Yo... que siento en mi conciencia  
estímulo incitador  
para obrar con el valor  
que sólo inspira la ciencia,  
me río de los desprecios  
á mi profesión lanzados,  
que sólo son sustentados  
por cobardes ó por necios.  
Hallar la razón procuro,  
y mi mente no la infiere,  
porque es valiente el que hiere  
y no es valiente el que cura.  
¡Que nos falta el corazón,  
dice ese vulgo ignorante!...  
y es que él no tiene bastante  
para tan alta misión!

- FERN. ¡Bravo! por oír tal defensa,  
casi celebro el agravio  
que le hice.
- DOCTOR. De su labio  
nada para mí es ofensa.
- FERN. Magdalena...
- MAG. ¿Qué?
- FERN. Un momento  
al Doctor quisiera hablar.
- MAG. Pues en tanto voy á dar  
á Angelito el cocimiento.
- DOCTOR. (Señalando á Fernando.)  
Y me deja este regalo.
- MAG. Cuando acaben volveré.
- FERN. Yo en tanto consultaré.
- DOCTOR. ¿Qué es?... ¿ó qué, está usted malo?  
(Se va Magdalena.)

## ESCENA V.

### FERNANDO, DOCTOR.

- DOCTOR. (Enciende un cigarro y le tira.)  
Diablo, si esto es un veneno.
- FERN. Tome usted. (Le ofrece otro.)
- DOCTOR. Gracias, escucho.
- FERN. Doctor, yo le aprecio mucho.
- DOCTOR. Gracias. (Con sorna.)
- FERN. Sí, porque es muy bueno.
- DOCTOR. Yo le estimo la opinion  
que ha formado usted de mí.
- FERN. No creo que piense así...  
de mí.
- DOCTOR. Tiene usted razon.  
La franqueza es mi pecado:  
jamás ni en broma he mentado,  
ni por decir un cumplido  
á la verdad he faltado.
- FERN. Mas, porque, quiero saber,

- me tiene prevencion tal.
- DOCTOR. Porque se porta muy mal  
con esa pobre mujer.
- FERN. ¿Yo?
- DOCTOR. Me tomo libertades  
que le molesten acaso,  
mas celebros llegue el caso  
de decir cuatro verdades.
- FERN. Hable usted.
- DOCTOR. Aunque ella nada  
me diga, porque es muy buena.  
yo bien se que á Magdalena  
hace usted muy desgraciada:  
porque no exhale una queja  
—y que es así yo lo abono—  
piensa no ve el abandono  
horrible en que usted la deja?  
Que ausente dias y dias  
sin escribirla se pasa,  
que es un huesped en su casa,  
que con mil y mil falsías,  
de cazas que no ha soñado  
ó asuntos que no concibo,  
encuentra siempre motivo  
para no estar á su lado?  
Aunque, por no darle enojos.  
siempre la ve su marido  
alegre, yo he sorprendido  
las lágrimas en sus ojos.
- FERN. Pues bien; esta conferencia  
y el asunto que ha tocado,  
yo mismo lo he provocado  
como un deber de conciencia.  
Siempre lo he estado buscando.  
y siempre me he detenido.  
Doctor, yo no soy marido  
de Magdalena.
- DOCTOR. ¡Fernando!...
- FERN. Yo le suplico que en calma  
la historia escuche un momento.  
que más bien es un lamento  
que se me escapa del alma.

Su inocencia proclamar,  
un deber santo me ordena.

DOCTOR. ¿Cómo, yo, de Magdalena  
un momento he de dudar?  
Pues, porque sé sus bondades,  
conocer pronto deseo  
esa historia, en que preveo  
un tejido de maldades.

FERN. Es una triste memoria .  
que contarla me avergüenza...  
mas, forzoso es que me venza:  
oiga usted, Doctor, la historia.  
Cinco años, pronto va á hacer,  
que, al ir sin objeto al Prado,  
ví cruzar junto á mi lado  
tan hechicera mujer,  
que, sin poderse explicar  
por qué... tras ella me fui  
á un barrio extremo, y allí,  
que era, llegué á averiguar,  
huérfana de un coronel  
que á los carlistas sirvió  
y en la miseria murió  
por ser á su causa fiel.  
Que pobremente vivía  
sin conocersele amores,  
y que fabricando flores  
á su madre sostenía:  
que la madre enferma estaba:  
que era hermosa como buena:  
se llamaba Magdalena,  
y nadie en la casa entraba.  
Como el dinero yo sé  
lo vence todo...

DOCTOR. ;Es verdad!...

FERN. Muy pronto, en la vecindad,  
cómplice fiel encontré  
por medio de la portera,  
vieja, avara y parlanchina:  
conseguí que una vecina  
como huesped me admitiera;  
una partida de caza

á mi madre pretexté,  
y en mi cuarto me instalé  
poniendo sitio á la plaza.  
Y por aquellas arpías  
me ví tau bien secundado,  
que por pobre y desgraciado  
me gané sus simpatías.  
Y de mi frase al calor  
en solitarios paseos,  
al par que en mí los deseos  
crecía en ella el amor.  
Pues como lago que en calma  
retrata flores y abrojos,  
en el cristal de sus ojos  
se reflejaba su alma.  
Tanto de las dos mujeres  
la virtud en mí influía,  
que casi ya me creía  
unido á aquellos dos séres.  
Pues sentía un no se qué,  
mezcla de amor y respeto,  
que olvidar me hizo el objeto  
que á aquella casa llevé...  
Mas, yendo á mi habitacion  
una noche, con premura,  
entrar en casa ví un cura  
llevando la santa uncion.  
Me apresuré diligente  
á saber lo que ocurría,  
y supe que se moría  
la madre de un accidente.  
Y, aunque había vuelto en sí,  
su muerte era cosa cierta:  
corrí, y al abrir la puerta  
fijó sus ojos en mí.  
«Ya no me asusta la muerte,  
»tranquila puedo esperar,  
»dijo, pues me da lugar,  
»hijo mio, para verte.  
»Me muero, venid los dos;  
»sé su amparo, sé su abrigo,  
»y que, como yo os bendigo,

»os bendiga tambien Dios.»

Así la noche pasó

lentamente agonizando:

á los piés su hija llorando

y á la cabecera yo.

Y al venir de un nuevo día

la tibia naciente luz,

abrazada con la cruz

aquella santa moria.

DOCTOR. ¿Y usted fielmente cumplió (Levantándose.)  
el buen nombre mancillando  
de una anciana que espirando  
en su honradez confió?

FERN. Á pesar de su experiencia,  
nada decirme podrá  
que no me haya dicho ya  
á mí mismo la conciencia.  
Aunque conozco mi culpa  
y lo indigno de mi accion,  
quizás en mi misma pasion  
halle mi falta disculpa.

DOCTOR. ¿Disculpa?... No lo adivino.

FERN. Doctor, mi disculpa es ella...  
¿por qué la hizo Dios tan bella,  
y la arrojó en mi camino?  
¿Por qué hizo que los dos...

DOCTOR. No existe un solo malvado,  
que al cometer un pecado  
no le eche la culpa á Dios.

FERN. No: que he faltado es verdad  
y que criminal he sido,  
pero su parte ha tenido  
tambien la fatalidad.  
Aunque vencerme intenté,  
yo deseoso, ella amante,  
una noche delirante  
entre mis brazos la hallé.  
Despues...

DOCTOR. Todo se adivina;  
por fin de accion tan honrosa,  
en vez de hacerla su esposa  
la hizo usted su concubina.

FERN. Nadie la faltó al respeto  
á sus virtudes debido,  
y usted el primero ha sido  
que sabe nuestro secreto.

DOCTOR. Prosiga.

FERN. Para calmar  
su tenaz remordimiento,  
juré nuestro casamiento  
al instante realizar,  
en cuanto vencer pudiera  
de un tío, á quien le debía  
mi carrera, la manía  
de que casado no fuera.  
En esta casa instalados  
modestamente vivimos,  
y ante todo el barrio fuimos  
dos novios recién casados.  
Luégo, usted aquí se mudó;  
y, de su ciencia en tributo,  
de estos amores el fruto  
en sus brazos recibió.  
Ahora, Doctor, que en esencia  
de todo enterado está,  
la razón comprenderá  
de tan repetida ausencia.  
¡Así cuatro años llevamos!

DOCTOR. ¿Y qué piensa usted hacer  
con esa infeliz mujer?

FERN. Calma, Doctor, á eso vamos:  
yo así no puedo seguir,  
esta vida desespera,  
y, de una ú otra manera,  
hoy tiene que concluir  
esta perpétua agonía.

DOCTOR. Pues la solución es obvia,  
teniendo en casa la novia  
y cerca la vicaría.

FERN. Doctor, eso es imposible.

DOCTOR. Pues no hay otro desenlace.

FERN. Existe para ese enlace  
un obstáculo invencible.

DOCTOR. Para cumplir un deber,



ineludible, sagrado,  
en aquel que nace honrado  
no debe obstáculo haber.

FERN. En la vida hay situaciones  
que al hombre obligan.

DOCTOR. No tal.

FERN. Le juro...

DOCTOR. Para obrar mal  
no encuentro nunca razones.

FERN. Es inútil la porfía:  
tengo que dar este paso  
porque mañana me caso.

DOCTOR. ¡Se casa! Virgen María...

FERN. Mi madre, que á esto es ajena,  
á un matrimonio me obliga;  
y le suplico la diga  
lo que ocurre á Magdalena.

DOCTOR. ¿Yo decirla? Está usted loco...

FERN. ¿Quién mejor que un buen amigo...

DOCTOR. Vaya, que no se lo digo;  
no la quiero yo tan poco.

FERN. ¡Quién si no usted puede dar  
con su profundo talento  
bálsamo á su sentimiento  
y su pena mitigar!...  
Comprenda usted la razon.

DOCTOR. Usted salga del apuro.

FERN. Mas, no piensa usted en lo duro  
de mi horrible situacion?  
No ve...

DOCTOR. Se fatiga en vano:  
no me podrá convencer:  
cómplice no quiero ser,  
de un hecho tan inhumano-

FERN. Doctor, que el tiempo se pasa,  
y va á volver Magdalena.

DOCTOR. Pues que sea enhorabuena,  
que yo me subo á mi casa. (Coga el sombrero. )

FERN. Mas...

DOCTOR. ¡Y la cosa era leve...

FERN. Que viene.

DOCTOR. Pues amiguito

ahí le dejo á usted solito;  
mátela usted si se atreve. (Se va.)  
FERN. No se marche usted, Doctor...  
Se marchó; y ello es preciso  
salir de este compromiso.  
Aquí está: ea, valor.

## ESCENA VI.

MAGDALENA y FERNANDO.

MAG. Pues y el Doctor, dónde está?  
FERN. Se fué.  
MAG. ¿Se ha marchado?  
FERN. Si.  
MAG. Sin despedirse de mí!  
¿Y ha dicho si volverá?  
FERN. No.  
MAG. Lo siento.  
FERN. Tú, ¿por qué?  
MAG. Porque el niño no me gusta.  
FERN. Bah, si á tí todo te asusta.  
¿Pues qué tiene? (Se sienta fumando.)  
MAG. No lo sé.  
Pero noto en su mirada,  
siempre llena de alegría,  
así, una melancolía  
que me tiene preocupada.  
Hay un vago sentimiento  
que allá en el fondo del alma  
nos quita ó nos da la calma  
y llaman presentimiento,  
que en verdad no es, á mi ver,  
sino un misterioso lazo  
que nos une en tierno abrazo  
á ese ser de nuestro ser.  
FERN. Gozas en atormentarme  
siempre ideando quimeras.  
MAG. Fernando, si tú le vieras  
tambien llegara á inquietarte.  
FERN. ¿Por qué?

MAG. Porque, aunque vulgar,  
corre como dicho ó cuento  
que los niños de talento  
nunca se suelen lograr.

FERN. Vamos, y vas á creer  
en esas ridiculeces?

MAG. Te juro que, muchas veces,  
el sueño me hace perder,  
porque, con ingenuidad  
(Se sienta á sus piés.)  
y aunque una tonta me creas,  
descubro en Ángel ideas  
superiores á su edad.  
Hay tal afán de saber  
y darse cuenta de todo,  
que á veces no encuentro modo  
de poderle responder.  
Como tanto y tanto inquiera  
me pone en apuros graves.  
(Pobrecilla.)

FERN. Y tú no sabes,  
MAG. Fernando, lo que te quiere.

FERN. Sí...

MAG. Te quiere con exceso.  
De que se duerma no hay traza  
si tu retrato no abraza  
y te echa en el aire un beso.  
Como tú, por tus asuntos  
siempre andas ocupado,  
y estás tan poco á su lado  
y nunca salimos juntos,  
muchas veces, cuando está  
sentadito junto á mí,  
suele preguntarme «dí,  
me quiere mucho papá?»  
¿Y tú?...

FERN. ¡Oh! yo le digo  
MAG. que le adoras.

FERN. (Va á matarme.)

MAG. Pero suele contestarme,  
«¿Por qué no juega conmigo?»  
FERN. (¿Qué es esto que en mí se agita?)

- MAG. «¿Por qué tan poco le veo  
y nunca voy á paseo  
con él y siempre con Rita?»  
Á otros niños sus papás...
- FERN. Pero, ¿me estás acusando? (Levantándose.)
- MAG. ¿Acusarte yo, Fernando?  
¿De qué? ¿Pues lo hice jamás?  
No: yo enseñarle sabré...
- FERN. (Quién á decirla se atreve...)
- MAG. Que á un padre sólo se debe  
respeto y cariño; que  
todos los dias su madre  
le hace de la cruz en pos  
que invoque el nombre de Dios  
y bendiga el de su padre.  
¡Está tan hermoso!
- FERN. Sí...
- MAG. Ya casi á leer empieza;  
y si vieras cómo reza  
y le pide á Dios por tí...  
Si ya casi necesitas  
irle buscando maestro.  
Si le oyes el Padre Nuestro  
cruzadas las manecitas...
- FERN. Magdalena...
- MAG. No te asombre:  
con paciencia y con cariño  
hay que ir educando al niño  
para cuando llegue á hombre.  
Cada cual en su destino  
santas misiones tenemos,  
y por igual partiremos  
la mitad de su camino.  
Tú, le puedes ilustrar  
para que llegue á lucir;  
yo, le enseñaré á sentir  
y le enseñaré á rezar,  
que así mis deberes lleno:  
si aprende á rezar su labio,  
yo no sé si será sabio  
pero sí que será bueno.
- FERN. ¡Magdalena! ¡Magdalena!

MAG. Es máxima muy sencilla:  
quien siembra buena semilla  
recoge cosecha buena.  
Y hoy es mi mejor regalo  
ver germinar el terreno:  
que empezando por ser bueno  
es más difícil ser malo.

FERN. Perdona si me sorprenden  
tus frases.

MAG. Tienes razón:  
mas los hijos libros son  
donde las madres aprenden.  
Me da tanto en qué pensar  
de Ángel el rostro risueño  
cuando su inocente sueño  
arrullo con mi cantar,  
que á veces pienso, en su cuna,  
mientras duerme, reclinada,  
qué suerte tendrá guardada  
á ese niño la fortuna...  
(Con sentimiento.) Si llegases tú á faltar!

FERN. Ya sabes que en cuanto el tío...

MAG. No; si yo no desconfío.  
¿Cómo he de desconfiar?

FERN. (Hay tormento más cruel!)

MAG. Mas, cual vivimos, Fernando,  
á un tiempo estamos faltando  
á Dios, al mundo, y á él.

RITA. El niño llama. (Desde la puerta.)

MAG. Voy... eso  
es que sabe que aquí estás:  
ven, Fernando, que quizás  
esté esperando tu beso.

FERN. Voy.

MAG. Mira que va á llorar.

FERN. Vé, que al instante te sigo.

MAG. No tardes. (Váse.)

FERN. ¿Cómo la digo  
que la voy á abandonar?

## ESCENA VII.

FERNANDO y luégo RITA.

FERN. Mas, ¿qué hacer? Oh, es lo mejor.  
(Saca un papel del pecho, y escribe una carta en la mesita.)

Rita.

RITA. (Entrando.) ¿Qué manda usted?

FERN. Luégo,

esta carta y este pliego  
entregarás al Doctor,  
con orden de que la lea  
y haga cuanto ahí está escrito.

RITA. ¿Qué? se va usted, señorito,  
sin que Angelito le vea?

FERN. Nada te importa.

RITA. Está bien.

FERN. (Me voy, porque no respondo...)

RITA. Y se marcha tan horondo...  
Bendito de Dios amen.

## ESCENA VIII.

RITA y MAGDALENA, que sale precipitada.

MAG. ¡Fernando! ¿No está?... Doctor,  
pronto que le avisen, Rita.

RITA. Qué sucede, señorita?

MAG. Que Angelito está peor.

RITA. ¿El niño?

MAG. Sí, un accidente...

RITA. Llaman: quizá será él.

(Las dos van á la puerta: el Doctor entra, y Magdalena se abraza á él.)

MAG. ¡Doctor!

DOCTOR. Ya sé que cruel...

MAG. ¡Virgen santa! ¡Dios clemente!

¡Ah! ¡Si le pierdo me muero!

En Dios y en usted confío.

¡Hijo del alma!... ¡Hijo mio!...

Llebadme, Señor, primero.

DOCTOR. No llore, pobre mujer;  
si despues de deshonorada  
hoy se mira abandonada  
por el seductor de ayer,  
Dios que sabe su inocencia  
y su falta ha perdonado,  
quizás me haya destinado  
para ser su providencia.

MAG. Pero ¿cómo?...

DOCTOR. No se asombre:  
sé todo lo que aquí pasa:  
sé que Fernando se casa.

MAG. Mas ¿qué dice este hombre?  
¿Qué es lo que está usted diciendo?

DOCTOR. Pero... acaso usted ignoraba?...

MAG. Acabe usted.

DOCTOR. Yo...

MAG. ¿No acaba?...  
no ve que me estoy muriendo?

DOCTOR. Pero señor, ¿qué he hecho yo?  
Es decir que no sabía...  
Entónces á qué aludía  
cuando al entrar me abrazó  
y entre lágrimas me dijo  
que si le pierde se muere  
si no es Fernando?...

MAG. ¿Á quién quiere  
que sea, sino á mi hijo?

DOCTOR. ¡Hay en el cielo justicia!

MAG. Mi hijo, Fernando! Ay de mí!...  
(Cae sin sentido en los brazos del Doctor.)

DOCTOR. Mire usted por dónde fuí  
el que la dió la noticia. (Sentándola.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





---

## ACTO SEGUNDO.

---

Salon de paso ricamente amueblado, con puerta al centro y laterales: chimenea: mesa en el centro con periódicos: un armario de espejo junto á la mesita.

### ESCENA PRIMERA.

GASPAR fumando, tendido en una butaca. MENDOZA leyendo un periódico. ANTONIO y ENRIQUE paseando.

ANT. Conque, querido Gaspar,  
te ha dejado tu Leonora?

GASPAR. Con un palmo de narices,  
chico: tenía más mosca  
el duque de Casa-Blanca,  
y, á pesar de su joroba,  
sus sesenta navidades  
y aquella nariz tan roma,  
ha desbancado al más guapo,  
y no lo tomes á broma,  
al más listo y elegante  
de toda la corte.

ANT. Hola!

ENRIQ. Y te se murió tu abuela,  
á quien Dios tenga en la gloria.

MEND. Pues señor, el Doctor Santos  
es un prodigio.

GASPAR.

Qué?

MEND.

Otra

ovación.

GASPAR.

Si!

MEND.

La Academia

de Medicina una obra  
que ha publicado le premia  
y hace un elogio que le honra.

ENRIQ.

Vaya, querido Gaspar,  
dinos algo de la boda  
de tu prima.

GASPAR.

Chico, que es  
una jugada redonda.

ANT.

Ya lo creo.

GASPAR.

Pues se lleva  
una muchacha muy mona  
y diez millones de dote.

ENRIQ.

¡Diablo!

GASPAR.

Y á más la bicoca  
de no tener suegros, chico.

MEND.

Pero, la quiere?

GASPAR.

Mendoza,  
perdóname que te diga  
que no vas estando en moda:  
el amor para casarse  
es lo que ménos importa.

ENRIQ.

En no habiendo antipatías,  
para el caso basta y sobra.

GASPAR.

Y estos han vivido juntos  
desde que el padre de Lola  
murió, ya hace nueve años.

MEND.

Entónces, chico, perdona  
mi franqueza si te digo  
que compadezco á la novia.

GASPAR.

Pues qué, mi primo?...

MEND.

No sé,  
mas conozco cierta historia...

ANT.

Del conde?

ENRIQ.

Sí eh?

ANT.

De veras?

ENRIQ.

Cuenta, cuenta.

GASPAR.

Bah, esas cosas

ó se rompen al casarse  
ó se siguen.

ENRIQ.

Pues?

ANT.

¿Qué importa?

MEND.

Con esas máximas...

GASPAR.

Nada

en cubriendo bien las formas.

## ESCENA II.

DICHOS, DOCTOR y CRIADO.

CRIADO. Tome usted el número.

DOCTOR.

Bien.

GASPAR. Doctor, doctor.

DOCTOR.

Hola, hola,

usted está en todas partes.

GASPAR. Si señor, como las moscas.

(Presentándole se dan las manos.)

Permitame le presente.

Aquí teneis á la gloria

de la hispana medicina.

DOCTOR. Gaspar...

MEND.

Oh, no, no es lisonja.

Su nombre es bien conocido,

y yo tendré á mucha honra

en ser su amigo.

DOCTOR.

Igualmente. (Se saludan.)

## ESCENA III.

DICHOS, CONDESA, entrando.

MEND.

Condesa... (Se saludan.)

COND.

Marqués...

DOCTOR.

Señora...

COND.

¿Cómo aquí tan retirados

cuando ya la casa toda

es un jardín de muchachas

que por su hermosura asombran?

GASPAR.

Murmurando.



de un modo tal...

GASPAR. ¿Qué, tenemos alguna nueva epidemia?

DOCTOR. Si señor.

GASPAR. Eh?

DOCTOR. Ya lo creo, una epidemia de pícaros y bribones que da miedo.

GASPAR. Usted siempre chanceándose.

DOCTOR. Jamás hablé más en serio.

GASPAR. Pero ¿qué tiene el paciente?

DOCTOR. Mal del mundo.

GASPAR. ¿Qué?

DOCTOR. Y preveo

que para esta enfermedad no voy á encontrar remedio.

Quizás le parezcan raras

las ideas que profeso;

mas para mí, son más graves,

segun mi pobre criterio,

las afecciones del alma

que las dolencias del cuerpo.

Nosotros mejor que nadie

somos los que conocemos

de las batallas del mundo

los resultados funestos.

La materia y el espíritu

tan unidos considero,

que son los males del uno

de los del otro reflejo;

pues que muchísimas veces

viene á adivinar el médico

por las borrascas de fuera

las tempestades de dentro.

Pero es claro: como el mundo

sólo repara en el éxito,

sin mirar los mutilados

que nosotros recogemos,

todos siguen la avalancha,

y no ven, porque están ciegos,

que en la lucha gigantesca

que, por la ambicion tenemos,

- los vencidos son los más,  
los vencedores los ménos.
- GASPAR. Amigo, algo han de costar  
las ventajas de estos tiempos;  
y no negará usted que  
los adelantos modernos  
compensan lo que ganamos  
á lo poco que perdemos.
- DOCTOR. Es verdad, la humanidad  
camina sin guarda-freno,  
siempre con la vista fija  
en el material progreso,  
sin ver la especie de oidium  
que carcome el sentimiento  
y que dá por resultado  
indiferentes y ateos.
- GASPAR. \*Pues no es en su profesion  
\*en donde se encuentran ménos.
- DOCTOR. \*Quizá el mundo se equivoca;  
\*mas yo, que siempre respeto  
\*las opiniones de todos,  
\*á mis ideas me atengo.  
\*Cuando se mira un reloj,  
\*que el curso marca del tiempo,  
\*si asombro causa la máquina  
\*qué causará el relojero?  
\*Pues cuando el cuerpo humano  
\*estudio con mi escalpelo  
\*y los detalles finísimos  
\*admiro de ese cerebro  
\*en donde surge la idea  
\*y germina el pensamiento,  
\*y brota la inspiracion  
\*y es cuna inmensa del genio,  
\*culto rindo hácia el Autor  
\*de tan sublime portento.
- COND. \*De escucharle hablar así  
\*no sabe cuánto me alegro.
- GASPAR. \*Ya he ganado con mi tia  
\*esta noche un mil por ciento;  
pero aún no nos ha dicho  
qué es lo que tiene el enfermo

motivo de ese discurso,  
y soy curioso en extremo.

DOCTOR. Figúrese usted, Condesa,  
una pobre niña, ejemplo  
de piedad filial, que vive  
á su madre sosteniendo,  
y que su rara belleza  
produce en un caballero,  
no el amor que santifica,  
sino ese brutal deseo  
que asalta cuantos obstáculos  
se anteponen á un objeto;  
y que, al ver que de la casa  
que la virtud hizo templo  
no falseaban la puerta  
ni seducción ni dinero,  
de tal modo se condujo,  
su clase y fines fingiendo,  
que lo que el oro no hizo  
logró el agradecimiento.  
Y al morir la pobre madre  
á sus hijos bendiciendo,  
en mujer trasformó al ángel  
hollando sus juramentos.

COND. Eso es indigno.

DOCTOR. Condesa,  
pero por desgracia cierto.  
Mas no paró aquí la cosa:  
pues, para martirio nuevo,  
un hijo vino á aumentar  
de esa mujer los tormentos,  
y entre promesas y halagos  
vivieron bastante tiempo;  
ella siempre confiando  
y él torpemente mintiendo,  
hasta que, bien por hastiado  
ó por causas de otro género,  
rompe lazos tan sagrados  
por adquirir otros nuevos.

COND. ¡Qué miserable!

GASPAR. Por Dios,  
si de eso está el mundo lleno

sin que ninguno se asuste.

DOCTOR. Es verdad, y así va ello:  
el sentimiento moral  
anda tan á bajo precio,  
que ya apenas distinguimos  
á los malos de los buenos.

GASPAR. No tanto, por Dios, no tanto.

DOCTOR. Ahí tiene usted el ejemplo.  
Si por miseria ó por hambre  
un hombre roba un pañuelo,  
la sociedad le desprecia  
y le arroja de su seno.

GASPAR. Y qué, ¿no hace bien?

DOCTOR. Sí tal.

Pero llega un caballero:  
en el sagrado recinto  
penetra, amistad fingiendo;  
donde una familia honrada  
franca su puerta le ha abierto;  
se lleva la única joya,  
joya que no tiene precio,  
y el mundo insulta al robado  
y deja paso al ratero.

Para el que asesina ó roba  
verdugo y cárcel tenemos;  
mas para el ladrón de honras  
¿en dónde está el Saladero?

GASPAR. Pues si por esos pecados  
fuesen á llevarnos presos,  
iba á ver más presidiarios...

COND. Cállate, Gaspar, no quiero  
que ni por broma defiendas  
tan vil como indigno hecho.  
Si en la sociedad no hay leyes  
que castiguen, por lo ménos,  
para seres tan malvados  
queda, Doctor, el desprecio  
de las personas honradas  
y que se precian de serlo.

DOCTOR. Bien, Condesa. (Le da la mano.)

COND. Y le aseguro  
que, si ese ser tan abyecto



supiera que á mis salones  
venía, que no lo creo,  
de mi casa le arrojára  
igual que se arroja á un perro.

GASPAR. El Conde viene.

COND. (Levantándose) Mi hijo...

GASPAR. Sí.

COND. Doctor, mucho me alegro;  
así podré, al presentarle,  
decirle cuánto á usted debo.

DOCTOR. ¡Condesa!... (Entra Fernando.)

FERN. Mamá.

GASPAR. Fernando!

DOCTOR. Dios mio, ¿qué es lo que veo?

COND. Hijo mio, el Doctor Santos.

DOCTOR. Señor Conde... (Se saludan.)

FERN. Yo celebro  
esta ocasion. (Disimule.)

DOCTOR. Pero...

FERN. (Ahora hablaremos.)

COND. ¿Se conocían ustedes?

FERN. No.

DOCTOR. Así... un vago recuerdo.

COND. Está tan poco en Madrid...

DOCTOR. Sí señora, lo comprendo.

COND. El viajar es su pasion,  
pero ya le pararemos.  
Ahora, Doctor, pues que ya  
acompañado le dejo,  
voy á ver si está la novia.  
Adios: (Á Fernando.) te le recomiendo.

## ESCENA V.

DOCTOR y FERNANDO.

FERN. Silencio.

DOCTOR. ¿Pero es verdad?  
Fernando... no: señor Conde.

FERN. Doctor...

DOCTOR. Así corresponde

que le llame.

FERN. ¡Por piedad!  
no aumente usted más mi pena;  
tasado el tiempo tenemos  
y es necesario que hablemos.

DOCTOR. Diga usted.

FERN. ¿Y Magdalena?

DOCTOR. ¿Y puede usted preguntar?  
si casi me hace reír...  
¿qué ha de hacer sino sufrir?  
¿qué ha de hacer sino llorar?

FERN. Mas acaso sospechó...

DOCTOR. Sospechas no, realidad.

FERN. Pero ¿sabe...

DOCTOR. La verdad.

FERN. ¿Y quién se lo ha dicho?

DOCTOR. Yo.

FERN. ¿Es posible?

DOCTOR. Formal hablo.

FERN. ¿Cómo pagarle podré  
cuanto á usted le debo?  
(Va á abrazarle y el Doctor le rechaza.)

DOCTOR. Eh,  
se lo debe usted al diablo.  
Cuando ayer salir le ví  
con demudado semblante,  
á su casa en el instante  
bajé, porque presumí  
que ya consumado había  
el horrible sacrificio,  
y un amigo en tal suplicio  
la mártir tener querría;  
y más me lo confirmó  
que, con voz entrecortada,  
á mí llorando abrazada  
varias frases pronunció.  
Llevado de mi cariño  
la dije cuanto sabía...

FERN. ¿Pero bien, qué sucedía?

DOCTOR. Que le había dado al niño  
un accidente.

FERN. Doctor,

pero, ¿será cosa grave?...

DOCTOR. Eso, Dios solo lo sabe;  
pues, aunque un poco mejor,  
tanta y rara coincidencia  
estoy viendo desde ayer,  
que más bien parecen ser  
fallos de la Providencia.  
Pero, dejando esto á un lado,  
mi amistad saber reclama  
qué papel en esta trama  
me tiene usted reservado.

FERN. Comprendo bien su sorpresa.

DOCTOR. Mi asombro querrá decir.

FERN. Le quise á usted prevenir...

DOCTOR. ¡Hijo usted de la Condesa!...

FERN. Perdone usted; más, luciendo  
siempre he estado, y decidido,  
mil veces me he arrepentido  
de confesarle...

DOCTOR. ¡Fernando!

FERN. Y ayer cuando iba á aclarar...

DOCTOR. Si parece una ilusion...

FERN. Cortó la conversacion  
irse usted y ella llegar.

DOCTOR. Y bien...

FERN. Ahora, Doctor,  
que quien soy ha conocido,  
creo que habrá comprendido  
la razon de...

DOCTOR. No señor.

FERN. ¿Qué?

DOCTOR. Mis ojos no la ven,

FERN. Perdone usted que le diga  
que el nombre que llevo obliga..

DOCTOR. Le obliga á llevarle bien.

FERN. Pues qué, ¿puede pretender  
que rompa mi boda hoy,  
y olvidando de quien soy  
dé mi nombre á una mujer  
porque á la suerte le plugo  
en mi camino cruzarla?...

DOCTOR. ¿Pero acaso al deshonorarla

era hijo del verdugo?  
Porque, en su pobre bohardilla  
al entrar, como un ladron,  
olvidó usted el blason  
que en este palacio brilla...

FERN. No mancillan mis blasones  
de amor una ligereza.

DOCTOR. La verdadera nobleza  
está en las buenas acciones.

FERN. El amor crimen no es.

DOCTOR. Aún mayor que asesinar,  
es el crimen de engendrar  
para abandonar despues.

FERN. Doctor, muy mal me ha juzgado  
si se le pudo ocurrir  
que á ese niño el porvenir  
no dejase asegurado.  
¿Cuando usted á casa bajó  
no le entregaron...

DOCTOR. ¿El qué?

FERN. Un paquete que dejé  
con sobre para usted.

DOCTOR. No.

FERN. Yo le entregué á Rita...

DOCTOR. Nada  
me dieron; mas no me choca;  
que Magdalena está loca  
y Rita medio atontada.

No es para ménos su pena.

FERN. Quise, Doctor. al partir  
atender al porvenir  
de mi hijo y de Magdalena,  
y á esta en títulos seguros,  
ante mi notario Orozco,  
un crédito reconozco  
de veinticinco mil duros,  
que á quien presente el poder  
al instante entregará.

DOCTOR. ¿Y piensa usted que ya está  
en paz con esa mujer,  
porque en pago á su deshonra  
hacerla rica procura?...

No es el dinero el que cura  
las heridas de la honra.

FERN. Mi proteccion, mi cariño  
les seguirán donde quiera.

DOCTOR. ¿Sabe usted qué vida espera  
á esa mujer y á ese niño?  
Usted, ser privilegiado  
que ha visto desde la cuna  
el honor y la fortuna  
constantemente á su lado,  
no puede, ni aun comprender,  
lo que es en el mundo un hombre  
que no debe ni aun el nombre  
de madre á su madre dar;  
que, aunque su pecho taladre  
el dolor, mientras aliente  
ha de ser pregon viviente  
del deshonor de su madre.

FERN. ¿Y qué quiere usted que haga?

DOCTOR. Que cumpla como hombre honrado:  
usted el honor la ha quitado...  
honra con honra se paga.

FERN. Pretende usted una demencia.  
¿Cómo quiere usted que abdique  
de mi nombre y sacrifique...

DOCTOR. El orgullo á la conciencia.

FERN. No es orgullo, no, Doctor:  
es que el que noble ha nacido  
no puede así su apellido  
sacrificar al amor.  
Que el mundo en que vivo exige  
especiales miramientos,  
y con ciertos casamientos  
desiguales no transige.  
Y nunca perdonaría  
que yo mi título diese  
á una mujer, que no fuese  
de clase igual á la mía.

DOCTOR. Esas razones que invoca...

FERN. Qué?

DOCTOR. No lo son para mí.

FERN. Pues el mundo piensa así.

DOCTOR. Pues el mundo se equivoca.

FERN. Bien, será absurdo y cruel:  
pero en los hechos me fundo.

DOCTOR. Si así piensa vuestro mundo,  
¡qué bien estoy lejos de él!

FERN. Doctor, son materias estas  
en que acordes no podemos  
estar, porque sostenemos  
unas ideas opuestas.  
Comprendo por su lenguaje,  
que yo no he de discutir,  
que usted no quiere admitir  
diferencias de linaje.

DOCTOR. Que no la admito, ¿por qué?  
Aunque no tengo apellido,  
cuando quizás hijo he sido  
de algun noble como usted,  
mis ideas no son tales:  
la misma naturaleza  
ha creado la nobleza  
en flores y en animales.  
Al par que lirios y rosas  
que aromas dan y embellecen  
y en los que alegres se mecen  
el aura y las mariposas,  
hay zarza, ortiga y espino,  
que incultos y entre maleza  
el huracan con crudeza  
los azota en su camino.  
Del manzanillo y la quina,  
esos árboles gigantes  
cuyas copas arrogantes  
su peso á la tierra inclina,  
es tan distinta la suerte  
que á los dos trazada está,  
que el uno la salud dá  
y el otro causa la muerte.  
Y de estos ejemplos mil  
la creacion está llena:  
el leon junto á la hiena,  
el águila y el reptil;  
y en el monte y en el llano

hay rio, cascada y fuente,  
junto al sombrío torrente  
y al cenagoso pantano.  
Yo los decretos bendigo  
con que quiso el Hacedor  
que existan siervo y señor  
y potentado y mendigo;  
mas, si le han de respetar,  
su altura le obliga doble:  
puesto que ha nacido noble,  
con nobleza debe obrar.

FERN. Pues bien: hay otra razon  
de que ni sospecha tiene:  
esta boda á salvar viene  
mi ruinosa situacion.  
Hoy todo mi patrimonio  
está en manos de usureros,  
y de estos atolladeros  
saldré con mi matrimonio.  
No me queda otro recurso  
que el extremo que he adoptado,  
porque estoy amenazado  
del bochorno de un concurso;  
y ántes que á mi madre dar  
tal pena, que algo ha sabido,  
que á todo esté decidido  
no le debe de extrañar.  
En situacion tan ahogada  
debe usted de comprender,  
que no he de retroceder  
ni ante nadie ni por nada.  
Usted, que amistad tan fiel  
nos probó, su accion corone;  
á ese niño no abandone  
y haga mis veces con él.  
Y sepa al darle el legado,  
aunque la suma es modesta,  
que le doy cuanto me resta  
de los bienes que he heredado.  
Adios, Doctor. (Le estrecha la mano.)

DOCTOR.

Mas...

FERN.

Despues

le hablaré. En usted confío;  
que no sepa es hijo mio,  
yo no olvido que lo es. (Se va.)  
DOCTOR. Mundo que robas la calma  
á esos desdichados seres,  
por algo dicen que eres  
un enemigo del alma.  
Por una cuestion de ochaves,  
torturando el corazon  
sufren tu yugo... Esos son  
los verdaderos esclavos.

## ESCENA VI.

MAGDALENA y un CRIADO, que la impide la entrada. El DOCTOR está de espaldas.

CRIADO. Por muy urgente que sea  
nos es imposible ahora.  
MAG. Diga usted que una señora  
verle al momento desea.  
(El Doctor que se vuelve y ve á Magdalena.)  
DOCTOR. ¡Qué es lo que mirando estoy?  
CRIADO. Más tarde quizás mejor.  
MAG. (Reconociendo al Doctor.)  
Si está allí. ¡Doctor, Doctor!  
DOCTOR. ¡Magdalena!  
MAG. Sí, yo soy;  
no me dejaban pasar.  
CRIADO. La señora preguntaba  
por usted, mas yo ignoraba...  
DOCTOR. Bien, nos puede usted dejar.

## ESCENA VII.

EL DOCTOR y MAGDALENA.

DOCTOR. ¡Á qué viene usted aquí?  
MAG. Por usted, Doctor, venía;  
y cómo que ya sabía



en dónde encontrarle...

DOCTOR. Sí...

Pero ¿cómo ha adivinado...

MAG. ¿Usted mismo no me dijo  
que los condes del Cortijo  
le tenían convidado  
á los dichos?...

DOCTOR. Lo olvidé:  
es verdad, mas con qué intento  
me busca?

MAG. Un breve momento  
le ruego me escuche usted:  
de su amistad abusando,  
cuando la reunion acabe  
vengo á rogarle, si sabe  
dónde encontrar á Fernando.

DOCTOR. Para usted ha muerto ese hombre.

MAG. Buscando al hombre no vengo;  
que ni en tan poco me tengo  
ni así arrastro yo mi nombre.  
No es amor, como supone,  
lo que aquí á venir me obliga,  
que el amor, ni se mendiga,  
ni se compra, ni se impone.  
De su desden no me aflijo,  
ni su abandono cruel...  
hoy, Doctor, tan sólo en él  
busco al padre de mi hijo.

DOCTOR. Y qué pretende, si el hecho  
no se puede ya evitar?

MAG. Si no vengo yo á invocar  
tampoco ningun derecho.  
Aunque mi honra le dí,  
fiada en su juramento,  
sé que, desde aquel momento,  
todo derecho perdí:  
mas, si al dar á su hijo vida  
su apellido no le ha dado,  
fuera creerle un malvado  
si de que es padre se olvida.

DOCTOR. Pero bien, ¿qué es lo que quiere?

MAG. ¿Qué es lo que quiero, Doctor?

Que mi niño está peor,  
que mi niño se me muere! (Llorando.)

DOCTOR. Si no tuvo otro accidente  
no creo que haya razon...

MAG. Me lo dice el corazon  
y el de una madre no miente.  
No es el inútil lamento  
de la que á temer empieza,  
ni es esa vaga certeza  
hija del presentimiento.  
Es que, contando una á una  
las largas horas de un dia  
que nunca se concluía  
al lado de aquella cuna,  
en sus inciertas miradas,  
en sus ojos entreabiertos,  
en sus labios casi yertos,  
en sus manos casi heladas,  
de su aliento en el compás  
con débil siniestro hervor,  
al mirar el estertor  
como acechando detrás,  
creció mi febril espanto,  
y ante la cuna de hinojos  
la tormenta por mis ojos  
estalló desecha en llanto.  
Y al sentir el ángel mio  
húmeda su tez marchita,  
como flor que resucita  
con las gotas del rocío,  
abrió los ojos y fijo  
en mí... se empezó á animar.  
Sólo una madre al llorar  
resucitar puede á un hijo!  
Despues se fué recargando,  
y para mayor martirio  
de la fiebre en el delirio  
á su padre está llamando.  
Oyendo el dia pasé  
su clamor triste y constante,  
hasta que al fin delirante  
á la calle me lancé.

á decirle...

DOCTOR. (¡Pobre madre!)  
MAG. Que su hijo muriendo espera,  
y no quiero que se muera  
sin dar un beso á su padre.  
Por eso me atreví á entrar,  
tan sólo, Doctor, por eso;  
porque mi hijo pide un beso  
y yo le vengo á buscar:

DOCTOR. ¡Oh!

MAG. Dígale usted, Doctor,  
que yo no pretendo nada,  
que á todo estoy resignada,  
que prescindia de mi amor,  
que perdono sus agravios;  
pero que venga esta noche,  
que no escuchará un reproche  
ni una queja de mis labios;  
que si le estorba quien fué  
en otro tiempo su encanto,  
porque no vea mi llanto  
de la alcoba me saldré...  
Mas que no deje de ir,  
pues de su beso el calor...  
quien sabe, mi buen Doctor,  
si hará á mi hijo revivir.

DOCTOR. ¡Oh! Sí, le voy á buscar;  
y sin temor ni respeto,  
le arranco, se lo prometo,  
hasta del pie del altar.

MAG. Gracias.

DOCTOR. Espéreme aquí,  
que ahora vuelvo por usted.

MAG. Dios tanta dicha le dé  
como bien me ha hecho usted á mí.

## ESCENA VIII.

MAGDALENA, sola. Se sienta de modo que pueda ser  
vista por detrás en el espejo sin que ella se aperciba.

MAG. ¡Qué contraste!... Aquí el placer,

y allí en mi casa el dolor:  
aquí la dicha, el amor,  
y allí llorar, padecer.  
Aquí una mujer que alcanza  
todo lo que su alma ansía:  
un presente de alegría,  
un porvenir de esperanza.  
Y yo... no sé qué elegir,  
pues tal miedo el alma siente,  
que si horrible es el presente  
tiemblo por el porvenir.  
(Mirando al cielo.)  
Mas si tu apoyo me prestas,  
hoy, madre, tan necesario,  
yo subiré este calvario  
sola con mi cruz á cuestras.

## ESCENA IX.

GASPAR y MENDOZA, del brazo por el foro.

GASPAR. ¿Y no llegaste á saber?...

MEND. No, chico, perdí la pista.

GASPAR. Eso será una conquista  
como otras mil.

MEND. Puede ser,  
mas larga la fecha va.

GASPAR. Me sorprende su constancia.

MEND. Esto fué al marcharse á Francia.  
y ahora cuatro años hará.

GASPAR. Pues chico, nada he sabido.

(Enciende un cigarro en un candelabro.)

MEND. Prueba que está interesado  
es ese mismo cuidado  
que en ocultarlo ha tenido.

(Se fija en un espejo por donde ve á Magdalena.)

(¿Qué miro? no hay duda, sí,  
es ella.)

GASPAR. (Que había estado oculto encendiendo un cigarro.)

Chico, la cosa  
me sorprende; ¿y es hermosa?

(Coge á Gaspar y le indica que mire al espejo.)

- MEND. Juzgarla puedes por tí.  
GASPAR. Eh?  
MEND. Calla y mira. No ves  
en el espejo...  
MAG. (Levantando la cabeza.) ¡Dios santo!  
MEND. Una mujer con el llanto  
en los ojos.  
GASPAR. Sí.  
MEND. Esa es...  
GASPAR. ¡Ella? De asombro me llena  
su osadía.  
MEND. Claro está,  
sabe que á casarse va  
y viene á armar una escena.  
GASPAR. Oh, es necesario impedir...  
Qué escándalo! qué diría  
el mundo... y mi pobre tia...  
MEND. La debes de prevenir.  
GASPAR. Tienes razon. Voy volando.  
MEND. Allí va.  
(Señalando desde el foro á la derecha.)  
GASPAR. Pues déjanos...  
MEND. Si: mientras la hablais los dos,  
yo le entretendré á Fernando. (Se van.)  
MAG. Ten paciencia, corazon:  
pero y mi hijo... Cuánto tarda,  
no sé por qué me acobarda  
estar en este salon.  
Es que al dolor le da enojos  
ver á los demas gozar  
y hoy no se debe aquí entrar  
con lágrimas en los ojos.

## ESCENA X.

MAGDALENA, CONDESA y GASPAR; despues el  
DOCTOR.

- GASPAR. Mírela usted.  
COND. Me confundo.  
MAG. Yo cumpliré mis deberes.

- COND. Pero, para estas mujeres  
nada hay sagrado en el mundo.  
(Se dirige hácia Magdalena.)  
Salga usted, pues no transijo.
- MAG. Mas, ¿por qué me está así hablando?
- COND. Soy la madre de Fernando,  
la Condesa del Cortijo.
- MAG. Usted, ¡Virgen Santa! Oh, sí,  
todo lo comprendo ahora:  
mas yo la juro, señora...
- COND. Al punto fuera de aquí.
- MAG. Perdon. El cielo es testigo...  
(Se arrodilla delante de la Condesa.)
- COND. Antes que nada sospechen  
salga ó haré que la echen.  
(El Doctor entra y se apresura á levantar á Magdalena colocándola á su izquierda.)
- DOCTOR. (Entrando.) Sí saldrá, pero conmigo:  
levante usted la rodilla  
y alce serena la frente.
- COND. ¡Doctor! (Abrazándose á él.)
- DOCTOR. La que es inocente  
ante Dios sólo se humilla:  
él sólo tiene derecho  
si es delincuente á juzgarla,  
pero á usted para insultarla  
esta infeliz, ¿qué la ha hecho?
- COND. Doctor...
- MAG. ¡Gracias!
- GASPAR. No comprendo...
- COND. ¿Pero quien es sabe usted?
- DOCTOR. Pues claro, porque lo sé  
es por lo que la defiendo.
- GASPAR. Quién entiende este babel.
- COND. No vuelvo de mi sorpresa.
- DOCTOR. Lo que usted ha hecho, Condesa,  
es injusto y es cruel.
- GASPAR. Repare...
- DOCTOR. Nada me arredra.
- COND. ¿Y usted sabiendo disculpa?
- DOCTOR. El que esté libre de culpa  
que tire la primer piedra.

¡Há poco, no me decía,  
cuando una historia contaba.  
como á ella compadecía  
y al seductor despreciaba?

Pues enmiende usted su yerro  
y haga, Condesa, memoria:

(Fernando aparece en el foro y se detiene al ver los.)

El héroe de aquella historia.

Echele usted como á un perro.

(Señalándole á Fernando, que entra.)

¡Él!

COND.

FERN.

¿Qué es esto?

DOCTOR.

Usted ahora,

(Á Magdalena cogiéndola del brazo.)

por mi brazo sostenida,

salga con la frente erguida.

¡Paso á una madre que llora!

(Se dirigen hácia el foro. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





---

## ACTO TERCERO.

---

La decoracion del acto primero, á oscuras: una lámpara de noche sobre la mesa.

### ESCENA PRIMERA.

RITA durmiendo: el DOCTOR entrando.

DOCTOR. Rita.

RITA. ¿Quién?

DOCTOR. Nadie, soy yo.

RITA. Me había el sueño rendido.

DOCTOR. Y Magdalena ha dormido?

RITA. Igual que usted la dejó:  
toda la noche ha pasado  
llorando, y el rostro fijo  
en la cuna de su hijo,  
ni una frase ha pronunciado.

DOCTOR. Pobre!... y el niño qué tal,  
le disteis la medicina?

RITA. Como dispuso; ¿y qué opina  
usted?

DOCTOR. Opino muy mal.

RITA. ¿No cree se salvará.?

DOCTOR. Tengo muy poca esperanza.

RITA. ¡Jesús!

DOCTOR. La ciencia no alcanza

contra lo que escrito está.  
RITA. Pero si llega á morir,  
¿qué va á ser de la señora?  
DOCTOR. Calla; ¿no ves que si ahora  
te oye llorar, va á decir...  
Ella viene: ¿habrá escuchado? (Se va Rita.)

## ESCENA II.

LOS MISMOS y MAGDALENA que sale del cuarto del  
niño.

MAG. Doctor.  
DOCTOR. ¿Qué tal, hija mia?  
MAG. Ansiando llegase el día  
y temiendo haya llegado,  
que eternas las noches son  
y medroso el día viene  
para la que también tiene  
la noche en su corazón.  
DOCTOR. Vamos, calma, voto va...  
Con apurarnos, qué hacemos?  
todavía qué sabemos  
las vueltas que esto dará.  
MAG. ¿Cómo quiere tenga calma,  
si mi pesar es tan hondo  
que no alcanzo á ver su fondo  
cuando le sonda mi alma?  
Más no es posible sufrir.  
DOCTOR. (Su gran dolor me contrista.)  
MAG. No hay corazón que resista  
el ver á un hijo morir.  
Y, sin embargo, Doctor,  
tanto esta noche pensé  
junto al niño, que no sé  
en dónde está el mal menor;  
porque, vagando á su lado  
mi imaginación sin tino,  
por ella cual torbellino  
toda mi vida ha pasado.  
Los días de mi inocencia,

en que mi madre vivía  
y en sus brazos me dormía  
con la paz en la conciencia.  
Después, la horrible inquietud  
y el afán con que luché,  
hasta que vencida fué  
por el amor la virtud.  
Y la dicha que sentí,  
inmensa, desconocida,  
al comprender que otra vida  
nueva germinaba en mí.  
Dicha que fugaz pasó,  
pues que, vilmente engañada,  
su madre al ser deshonrada,  
deshonrado le engendró.  
Por eso, cuando dormido  
esta noche le miraba,  
á mi pesar recordaba  
todo lo que usted ha sufrido:  
cuanto usted dice que un hombre  
en la vida ha de pasar,  
sí, en el mundo al penetrar,  
no puede decir su nombre.  
Cuando pienso ha de venir  
un día, en que decido  
me pregunte su apellido  
y no sepa qué decir,  
y al fin el dolor le venza  
y, al mirarme con sonrojos,  
no pueda yo ante sus ojos  
presentarme sin vergüenza,  
y viéndome deshonrada  
de mí se quiera apartar,  
y hasta me llegue á mirar  
por mi hijo despreciada,  
de tal modo desvaríe...  
que llego á pensar que fuera  
mejor que se me muriera... (Transición.)  
¡Oh! no, no me oigais, Dios mío!  
no oigais á esta pobre loca.

DOCTOR. Vamos, hija mía, calma.

MAG. Mirad lo que siente el alma,

no lo que dice la boca.  
Ante tí, Virgen, me postro,  
(Se arrodilla.)  
haz que mi oracion reciba;  
que viva, señor, que viva  
aunque me escupa en el rostro.

DOCTOR. Pero á qué viene ese llanto?

Aún tan perdido no está.

MAG. ¡Oh! Sí, usted le salvara...

(Levantándose y abrazando al Doctor.)

Usted, que le quiere tanto.

Aún no pierdo la esperanza;

usted que me ve sufrir

no le dejará morir.

Verdad?

DOCTOR. Tengo confianza.

MAG. Yo en Dios y en su mucha ciencia.

DOCTOR. Está muy bien; en los dos.

Pero la que espera en Dios,  
debe de tener paciencia.

Ahora en el caso se está  
de aplicarle los remedios,  
y puestos todos los medios  
luégo Dios decidirá.

Y si, cual posible es,  
al fin triunfantes quedamos,  
veremos cómo arreglamos  
todo lo demas despues.

MAG. No, mi esperanza está muerta.

DOCTOR. Bah, quién sabe todavía?

á quien á Dios se confía

siempre se le abre una puerta.

Si vive respire usted;

pues, aunque el mundo se asombre,

yo que no he tenido nombre

nombre á ese niño daré.

MAG. ¡Doctor!

DOCTOR. Todo se concilia...

MAG. Junto á usted no hay desgraciados.

DOCTOR. Hija, les desheredados

formamos una familia.

¿Y qué soy yo? Sin hogar,

qué es el hombre en esta vida?  
Nave sin rumbo perdida  
por la inmensidad del mar;  
árbol que el tiempo deshoja  
y que, al llegar á su invierno,  
se halla con el frío eterno  
sin flor, sin fruto y sin hoja.  
Así, pues, en esta lid  
soy quien gana y no me quejo;  
que sobre este tronco viejo  
crezca lozana la vid.

MAG. Oh, déjeme usted besar  
(Le besa conmovida la mano.)  
la mano que siempre halla  
medio de sembrar bien.

DOCTOR. Vaya.  
(Retirando la mano y enjugándose los ojos.)  
Quiere usted hacerme llorar...  
Ea, lo que importa ahora  
es con cuidado constante  
sacar al niño adelante.

MAG. Pero vamos, ¿por qué llora?  
Oh, sí, si llega á vivir...  
su madre sabrá enseñarle  
como á un padre á respetarle  
y su nombre á bendecir.  
Nosotros, á nuestra vez,  
pagar tanto bien sabremos,  
y de encantos cercaremos  
su ya cercana vejez.

DOCTOR. Vaya que la hora se pasa (Conmovido.)  
de darle el medicamento.

MAG. Bendito sea el momento  
que Dios le trajo á esta casa.

### ESCENA III.

DOCTOR, solo.

¡Qué desgraciada, y qué buena!  
Me estaba lástima dando:

vamos, pues no estoy llorando!  
Pero, ¿á quién no causa pena?  
Por su terrible tormento,  
por su cruel batallar,  
puede el alma adivinar  
de mi madre el sufrimiento.  
Lo que ella me habrá buscado...  
y yendo uno de otro en pos,  
quizás mil veces los dos  
nos habremos tropezado.  
¡Oh! No, no quiero ser padre:  
no aspiro á tan gran placer,  
tengo miedo de saber  
lo que ha sufrido mi madre.

## ESCENA IV.

DOCTOR, RITA, entrando.

RITA. Don Juan.

DOCTOR. Qué hay?

RITA. Un caballero  
que pregunta por usted.

DOCTOR. ¿Por mí á estas horas? De fijo  
algun fastidio; anda y ve...  
qué quiere?

RITA. Segun parece  
muy urgente debe ser,  
pues viene de frac.

DOCTOR. ¿De frac?

RITA. Y corbata blanca.

DOCTOR. ¡Eh!  
(Si será acaso...) Y tú, Rita.  
no le conoces?

RITA. ¿Yo?

DOCTOR. Es  
un jóven de barba?

RITA. Sí,  
con lentes.

DOCTOR. De fijo es él.  
Lo esperaba: hazle pasar.

(Rita abre el balcon, por donde entra una luz tibia.)

Pronto de dudas saldré. (Se va.)

## ESCENA VI.

EL DOCTOR y GASPAR.

GASPAR. Doctor...

DOCTOR. Gaspar, usted aquí?

GASPAR. Ya puede usted comprender el motivo...

DOCTOR. No señor.

GASPAR. Entónces me explicaré:  
Despues de la escena aquella  
en que á esa pobre mujer,  
acaso por culpa mia,  
trató de un modo cruel  
mi tia... y que usted cortó...

DOCTOR. Bueno, adelante.

GASPAR. Pues bien;  
como en el mundo ante todo  
fingir necesario es,  
dominando su emocion,  
sin que nadie comprender  
en su semblante pudiera  
el grave disgusto que  
momentos ántes había  
tenido, mandó leer  
los contratos; y en seguida  
que terminado esto fué,  
firmaron como testigos  
los presentes.

DOCTOR. Así, pues,  
se firmaron?

GASPAR. Ya lo creo:  
el último yo firmé.  
Y cuando ya en los salones  
no quedó un alma...

DOCTOR. Pardiez.

GASPAR. Mi tia me llamó aparte

y me dijo:—Quédate  
que necesito de tí.  
Hacia su cuarto se fué,  
y encerrada con Fernando  
estuvieron dos ó tres  
horas, que yo en un sofá  
leyendo sólo pasé.  
Luégo salió descompuesta  
y me dijo: llama á Andrés  
y que enganchen la berlina.  
Pero si va á amanecer,  
la dije.—No importa.—Tú  
vendrás conmigo.—Está bien.  
Mas no podría saberse  
á dónde vamos? porque...  
quizás yo sólo podría...  
—No: yo misma quiero ver  
á esa mujer y al Doctor.—  
Mas...—No discutas y vé  
á dar la órden.—Corriente:  
así se hizo, y á las seis  
estábamos en la esquina  
de esta calle. Me esperé  
á que abrieran; á su cuarto  
subo; me dicen que usted  
está abajo; me permito  
llamar, abren, pregunté  
si era posible el hablarle;  
dicen que espere, esperé;  
me mandan que pase, paso;  
y ahora me tiene aquí usted  
aguardando que me diga  
qué debo de responder  
á mi tia, que está abajo  
en el coche.

DOCTOR. Oiga usted bien:  
¿sabe usted quien vive aquí?

GASPAR. No señor, mas lo sabré  
si usted me lo dice.

DOCTOR. Sí:  
esta es la casa...

GASPAR. ¿De quién?



DOCTOR. De su primo don Fernando  
y de Magdalena.

GASPAR. ¡Eh!

DOCTOR. Diga pues á la Condesa  
que aquí la recibiré,  
si quiere desagaviar,  
como debe, á esa mujer;  
mas, si este no es su propósito  
y no ha pensado despues,  
no tiene para qué verme,  
pues que nada puede hacer.

GASPAR. Aunque el recado es durillo,  
como usted quiere lo haré. (Se va.)

## ESCENA VII.

DOCTOR, MAGDELANA.

DOCTOR. Magdalena, Magdalena!

MAG. Qué ocurre, qué quiere usted?

DOCTOR. La Condesa va á subir  
en este momento.

MAG. ¡Eh!  
¿La Condesa?

DOCTOR. Sí: mas, ántes  
de usted verla, es menester  
que ella y yo solos hablemos.  
Entre usted y espere.

MAG. Bien.  
Mas, si mi hijo se me muere,  
todo para mí igual es.

## ESCENA VIII.

DOCTOR, solo.

Señor, tú que mis deseos  
conoces y sabes bien,  
para hacer una obra buena  
con tu luz inspírame.

## ESCENA IX.

EL DOCTOR, CONDESA y GASPAR entrando.

DOCTOR. Lllaman. Oh, no me engañaba!

COND. Doctor...

DOCTOR. Señora Condesa...

COND. Héme aquí.

DOCTOR. Y usted no sabe  
la dicha que siente al verla  
el alma, que no mentía  
al juzgarla á usted tan buena.

COND. Cuando cometo una falta,  
á enmendarla estoy dispuesta.  
Mi hijo Fernando me ha hecho  
una confesion sincera  
de esa historia lamentable  
de seducccion y vergüenza;  
y aunque el amor no disculpa  
nunca carnales flaquezas,  
ántes de casar á mi hijo  
necesito hablar con esa  
pobre mujer y fijar  
su situacion verdadera.

DOCTOR. Señora, yo la confieso,  
y perdone mi franqueza,  
que no pensaba encontrarla  
tan friamente severa.

COND. Doctor, al verme á estas horas  
en esta casa, una prueba  
le doy de que sé cumplir  
con lo que el deber me ordena.  
Mi hijo cometió una falta  
que no disculpo, mas ella  
nunca debió traspasar  
del decoro las barreras.

DOCTOR. En esta ocasion, buen juez  
no puede usted ser, Condesa.

COND. ¿Y por qué?

DOCTOR. Porque usted vive

y respira en una esfera  
donde los aires mefíticos  
de la corrupcion no llegan;  
mas juzgue usted una niña  
inocente, que se encuentra  
sola en el mundo y cercada  
de los halagos que encuentra  
el vicio para engañar,  
los mil delirios que sueña  
el incentivo deseo,  
las imágenes que crea  
la pasion y que despues  
la imaginacion aumenta,  
unido á ruegos, á súplicas,  
á mil fingidas promesas,  
y esto, sin tener un guía,  
sin una fiel consejera  
que del peligro que corre  
el grito le dé de alerta;  
y dígame usté, señora,  
si no se explica que venzan  
y hagan hundirse en el fango  
aun la virtud más austera.  
\*¡Cuántas de esas desgraciadas  
\*que la sociedad desprecia  
\*porquè hacen de cuerpo y alma  
\*mil mercancías groseras,  
\*han marchitado llorando  
\*las flores de su inocencia,  
\*y hoy con cínico descaro  
\*en el lodo se revuelcan  
\*para ahogar con carcajadas  
\*los gritos de su conciencia!  
\*Y no es, Condesa, que yo  
\*haga del vicio defensa;  
\*pero he visto tanto, tanto...  
\*en mi penosa carrera  
\*he tocado tantas llagas,  
\*he visto tanta miseria,  
\*que no puedo estar conforme  
\*con las absurdas ideas  
\*que respecto á la mujer

\*en nuestra sociedad reinan.  
\*¿Por qué, si Dios la hizo débil,  
\*el mundo la exige fuerzas  
\*para luchar y vencer,  
\*entregándola indefensa  
\*á los furiosos embates  
\*de esa turbia mar revuelta  
\*de pasiones que en el mundo  
\*traban lucha gigantesca  
\*mirando cómo se ahogan  
\*sin alargarle una cuerda?  
¿Por qué en la mujer es crimen  
lo que en el hombre es flaqueza?  
Por qué ese hipócrita mundo  
á eterno baldon condena  
á las mismas que arrastradas  
en rauda tropel despeña?  
No desprecio, compasion:  
no rigores, indulgencia:  
si un alma cae, levantadla:  
no la hundais más en la tierra,  
que un alma que se redime  
vale por mil que se pierdan.  
COND. Bien, Doctor, no discutamos:  
lo hecho ya no tiene enmienda,  
y es preciso que pensemos  
en lo que hacer nos convenga.  
Me basta que esa mujer  
de ese niño madre sea,  
que, al fin, sangre de mi hijo  
y mia corre en sus venas,  
para que la proporcione  
medios de que no carezca  
de nada, y pueda vivir  
con decoro y con decencia.  
Pero que deje á Madrid  
y se vaya á vivir fuera;  
que, despues de lo ocurrido,  
no está aquí bien su presencia.  
Ahora, respecto á ese niño,  
es preciso que comprenda  
que no debe por más tiempo

á su lado estar.

DOCTOR. Condesa...

COND. Ese niño, aunque bastardo,  
es necesario que tenga  
mi apellido, y que se eduque  
al lado de quien le sepa  
inculcar santos principios  
de pundonor y nobleza.  
Esto he resuelto, Doctor.

DOCTOR. Y dígame usted, Condesa,  
si le quita usted su hijo  
á esa infeliz, qué la queda?

## ESCENA X.

DICHOS, MAGDALENA, sale del cuarto.

MAG. Basta, Doctor, le agradezco  
la intencion, mas no se canse.

GASPAR. Infeliz mujer!

MAG. Señora  
Condesa, una honra muy grande  
recibe esta pobre casa  
al entrar por sus umbrales  
la dama de la nobleza  
cuyo nombre respetable  
admiran pobres y ricos  
por su talento y bondades.

COND. Gracias.

MAG. Mas al par que honra,  
que me dé pena no extrañe  
el ver que la que es con todos  
bondadosa y tolerante,  
tan sola conmigo sea  
más que justa inexorable.

COND. Señora... yo...

MAG. La suplico  
me escuche en calma un instante.

COND. Hable usted.

MAG. Yo reconozco,  
Condesa, mejor que nadie,

que, al manchar en un momento  
de locura imperdonable  
mi nombre honrado, lo único  
que me legaron mis padres,  
descendí del pedestal  
de la inocencia; y ya tarde  
comprendí que quien de él baja  
no vuelve nunca á escalarle.  
Sé que falté á mis deberes,  
que nunca debí olvidarme  
de los rígidos consejos  
que escuché siempre á mi madre.  
Y, por borrar esa hora  
de ceguedad lamentable,  
de delirio, de embriaguez,  
que aún no sé cómo explicarme,  
contenta diera ahora mismo  
mi vida entera, mi sangre.

GASPAR. ¡Pobrecilla!...

MAG. Y no es que tema  
que me insulte y me rechace  
ese mundo á quien tan sólo  
debo dolores y ultrajes;  
es por mi misma conciencia,  
juez y fiscal implacable,  
que de mi falta me acusa  
y reo me halla al juzgarme.  
Es tambien porque á Dios debo  
de mi virtud cuenta darle,  
es... que me aterra la sombra  
veneranda de mi padre.

DOCTOR. ¡Magdalena!

MAG. Deje usted  
que por vez primera hable  
lo que tan sólo á mí misma  
he llegado á confesarme.  
Deje usted que la tormenta  
al fin libremente estalle:  
deje que salga del alma  
lo que ya en ella no cabe.

COND. Cálmesese usted.

MAG. No, Condesa.

Ayer pudo usted ultrajarme  
cuando me encontró en su casa,  
donde penetré ignorante  
de que fuese aquel palacio  
la morada del magnate  
que yo conocí y amé  
como un modesto estudiante.  
Y sepa que si allí entré,  
no iba á buscar al amante;  
era que mi pobre hijo,  
que delira por su padre,  
pidiéndole una caricia  
estaba casi espirante.

Por lo demas, mientras viva...  
ni necesita de nadie,  
ni yo acepto esa limosna  
con que viene hoy á insultarme;  
ni por el oro del mundo  
vendo yo el nombre de madre.  
Sólo Dios que me le ha dado  
puede si quiere llevársele;  
pero fuera de él, no existe  
quien de mi hijo me separe.

COND. Está bien: mas si ese niño  
alguna vez reclamase  
el nombre que le he ofrecido,  
usted será responsable.  
Gaspar...

DOCTOR. Condesa...

MAG. Dios mio!...

COND. Vámonos.

MAG. Oh! no se marche.

Perdóneme usted, señora,  
si le ofendieron mis frases:  
si yo no tengo derecho  
en mi desdicha á arrastrarle...

DOCTOR. Magdalena...

MAG. Sí, Doctor.

Aunque el sacrificio es grande...  
yo le acepto.

GASPAR. ¡Desdichada!

MAG. No debo, aunque esto me mate,

:

despojarle en mi egoismo  
de lo que no puedo darle.  
Tal vez este es el camino  
por donde el Señor me llame.

GASPAR. ¡Me conmueve!

MAG. Sí, Condesa.

Si Dios quiere que se salve,  
disponga usted de ese niño;  
hágale grande, muy grande,  
mientras yo desde un convento  
por él rogaré constante.

GASPAR. ¡Qué mujer!

MAG. Alguna vez  
háblele usted de su madre,  
porque al ménos un recuerdo  
de quien le ama tanto guarde.

COND. ¡Oh! no, hija mia! (La abre los brazos.)

MAG. (Abrazándola.) Señora...

COND. Así mereces te llame.

DOCTOR. Bien, Condesa.

MAG. Cuánto tiempo  
que no escuchaba esa frase.

COND. Desde hoy juntas cuidaremos  
de ese niño, de ese ángel.  
Si la sociedad levanta  
barreras infranqueables  
para que llegues á ser  
esposa... yo sabré darte  
en mi cariño un asilo  
donde calmar tus pesares,  
y desde hoy tendrá ese niño  
en vez de una dos madres.

MAG. ¡Madre mia! Madre mia!...

DOCTOR. Condesa, es usted un ángel.

COND. Ahora llévame á su lado,  
que quiero verle, abrazarle.

MAG. Sí.

DOCTOR. No, ahora es imposible:  
está pasando el ataque  
y hay que respetar la crisis;  
pues cualquier cosa que llame  
su atencion, puede traer



consecuencias muy fatales.

GASPAR. Entónces...

COND. Pero, Doctor,  
y sin verle he de marcharme?

DOCTOR. Es preciso.

COND. Bien, no insisto:  
me voy, más vuelvo al instante,  
y entre las dos lograremos  
que al fin el niño se salve.

MAG. Dios lo quiera.

COND. Hasta despues.

Adios, Doctor.

DOCTOR. Él la guarde.

## ESCENA XI.

MAGDALENA, DOCTOR.

DOCTOR. Ya el primer paso está dado:  
despues... veremos, ¡quién sabe!

MAG. Junto á la vida de un hijo  
todo lo demás, qué vale? (Se va.)

DOCTOR. ¡Dramas! cuántos como este  
se encuentran á cada instante  
en el teatro del mundo  
sin que se aperciba nadie.

MAG. ¡Jesús! (Saliendo despavorida.)

DOCTOR. ¿Qué pasa?...

MAG. Doctor,  
yerto, su pulso no late. (Entran los dos.)  
Hijo, hijo del alma mia. (Desde dentro.)

DOCTOR. Rita, Rita, (Sale Rita.) sube á escape  
(Sale precipitado.)  
á mi casa: mi despacho  
abrirás con esta llave,  
y un pomo azul pequeñito  
que verás en un estante,  
bájale.

RITA. Mas qué sucede?

DOCTOR. Vamos. (Empujándola se entra en el cuarto.)

RITA.

Jesús... (Se va.)

MAG.

(Dentro.)

Madre, Madre.

(Queda la escena un momento sola, y se oye dentro el llanto de Magdalena.)

## ESCENA XII.

FERNANDO, entrando.

¿Qué es esto? la puerta abierta: (En la puerta.)  
algo extraordinario pasa,  
que encuentre toda la casa  
abandonada, desierta.

(Pausa. Avanza hacia el proscenio.)

El Doctor me quiso hablar,  
y no le llegué á entender  
qué era lo que esta mujer  
iba á su casa á buscar.

(Rita cruza el foro y entra en el cuarto: al abrir  
se oye llorar á Magdalena.)

Algo hay aquí aterrador  
que al alma la causa espanto.

¿Qué escucho? Suspiros, llanto:  
sepamos al fin. Valor.

(Se dirige al cuarto y se detiene delante de la  
puerta.)

¿Por qué me siento cobarde  
y esa puerta me estremece?...  
porque decirme parece...

## ESCENA XIII.

EL DOCTOR en la puerta del cuarto donde se supone  
al niño.

DOCTOR. Llega usted tarde, muy tarde.

FERN. Doctor!

DOCTOR. Venir no quería  
cuando era tan deseado,  
y ahora que al fin ha llegado

está la cuna vacía. (Fernando retrocede.)

FERN. ¿Cómo? ¡De espanto me hielo!  
¿Qué dice usted que ha pasado?

DOCTOR. Que Ángel de usted abandonado  
fué á buscar padre en el cielo.

FERN. ¡Mi hijo!... imposible! qué horror!  
¡Mi hijo muerto, mi hijo muerto!  
Oh, no; no puede ser cierto;  
usted me engaña, Doctor.

DOCTOR. ¡Qué extraño es que se haya ido  
mundo mejor á buscar,  
si en vez de calor hallar  
su padre deshizo el nido!

FERN. ¡Muerto! ¿Qué es lo que hay en mí  
que hace al alma estremecer,  
y siento en todo mi ser  
algo que nunca sentí?  
¿Qué voz en mi ser se agita  
como un fatídico alerta?

DOCTOR. La conciencia que despierta,  
y que al despertarse grita:  
Es que surgen los tormentos,  
herencia de los malvados.  
Es que quien siembra pecados  
recoge remordimientos.

FERN. ¡Oh! si, es verdad, hijo mio;  
vivo te tuve olvidado,  
y ahora que tú me has dejado  
siento á mi lado el vacío.  
Cuando le iba á abandonar...  
él á mí me abandonó.

Le iba huérfano á dejar,  
y ahora el huérfano soy yo;  
mas no es mi suerte tan fiera,  
que ante tus yertos despojos  
las lágrimas á mis ojos  
acuden por vez primera.

DOCTOR. Pues délas usted expansion,  
que ese llanto santifica;  
porque al correr purifica  
el fango del corazón.  
Que en las borrascas del alma,

el llanto es como la lluvia,  
cuanto más recio diluvia  
más la tormenta se calma.

FERN. Mis lágrimas le revelan  
mi cruel remordimiento.

DOCTOR. Si son de arrepentimiento,  
en vez de amargar, consuelan:  
felices los que no ignoran  
enmendar yerros pasados.

FERN. Doctor. (Arrojándose en sus brazos.)

DOCTOR. Bienaventurados,  
hijo mío, los que lloran:  
feliz quien sus faltas gime  
cuando su crimen ha visto;  
ahí está su Jesucristo

(Señalando al cuarto del niño.)  
que muriendo le redime.

FERN. Doctor, yo no puedo más,  
quiero verle.

DOCTOR. Venga usted,  
y que Dios valor le dé  
en tan duro trance.

(Al ir á entrar sale Magdalena, que se queda pa-  
rada en la puerta, desde donde dice los primeros  
versos.)

## ESCENA XIV.

DICHOS, MAGDALENA.

MAG. Atrás.

La entrada por esta puerta  
para usted está vedada.

FERN. Si estaba al crimen cerrada,  
debe al llanto estar abierta.

MAG. Ese llanto es ya tardío.

FERN. Mira el dolor de este padre.

MAG. Mi hijo sólo tiene madre,  
ese niño es sólo mío;  
lazos que Dios debió atar  
(Avanza al proscenio.)

usted vilmente ha desecho:  
no tiene ningun derecho  
junto á su cuna á llorar.

FERN. Yo borraré con cariño...

DOCTOR. Perdonar nos manda Dios.

MAG. Existe ya entre los dos  
el cadáver de ese niño.  
Que siempre estará aquí impreso  
(Señalando al corazon.)  
cuanto á su padre ha llamado,  
y su padre se ha negado  
á darle el último beso.

FERN. ¡Oh!

DOCTOR. Bien castigado está.

FERN. Hoy mi boda romperé  
y mi nombre te dará.

MAG. ¿Para qué le quiero ya?  
¿Para qué quiero vivir  
si mis únicas delicias,  
que eran sus tiernas caricias,  
no he de volver á sentir?  
Yo sólo anhele un rincón  
donde me mate la pena.  
(Cae llorando en un sillón.)

FERN. No me cierres, Magdalena,  
la senda á mi redención.

(Se arrodilla llorando á los pies de Magdalena.)

DOCTOR. Sí, cesen ya tus rigores:  
(El Doctor se coloca detrás de los dos y en medio.)  
el ver su pena contrista,  
y ante esa cuna bendita  
deben morir los rencores.  
Cuando ese niño nació,  
cercana la ansiada hora  
estábamos, como ahora,  
su padre, su madre y yo.  
Dios ha querido juntar  
á los que venir le vimos;  
hoy que al niño despedimos  
juntos debemos estar.  
No serán tan infelices  
si unir saben sus dolores;

de su sepulcro las flores  
deben tener dos raíces.

MAG. ¡Hijo mio!

DOCTOR. Hoy en su abono  
tiene su dolor Fernando:  
él desde allí está mirando.

FERN. Magdalena!... (Suplicante.)

MAG. (Le tiende la mano que la besa.)  
Te perdono.

DOCTOR. Oh! pues que al fin llego á ver  
que mi empresa no fué vana,  
hoy á llorar... y mañana  
á cumplir vuestro deber.  
Tal vez, al santificar  
vuestros criminales lazos.  
ese niño á vuestros brazos  
vuelva el Señor á enviar.  
Mas, si tal no quiere Dios...  
os servirá de consuelo  
que haya un ángel en el cielo  
que velará por los dos.

FIN DEL DRAMA.

NOTA. Lo marcado con asteriscos se ha  
suprimido en la representacion.

# ERRATAS.

## ACTO PRIMERO.

Pág.	Línea.	DICE.	DEBE DECIR.
6	4	Todo ello será nada.....	Todo ello no será nada
7	8	que del muro lo alto escala...	del muro la altura escala
7	41	sino tiene á quien dar nombre	si no tiene á quien dar sombra
12	7	diatrivas tan tenaces.....	á diatrivas tan tenaces
12	11	Cosas de esta madraza.....	Bah... cosas de esta madraza.
14	24	si gozo cuando ellos lloran...	si lloro cuando ellos lloran
14	35	Hallar la razon procuro.....	Hallar la razon procura
17	17	que, sin poderse explicar.....	que, sin poderme explicar
19	22	Disculpa? No lo adivino.....	Disculpa? No la adivino.
27	14	Mas ¿qué dice este hombre?..	Pero ¿qué dice este hombre?
27	16	Pero.....	Mas...

## ACTO SEGUNDO.

34	27	Pues cuando el cuerpo huma- no.....	{ Pues cuando yo el cuerpo, etc.
34	39	Ya he ganado.....	Ya ha ganado
35	12	se anteponen á un .....	se anteponen á su
39	14	Le quise á usted prevenir....	Le quise ayer prevenir
50	3	Falta.....	MAG. (Levantándose.) No viene y el tiempo pasa.
			COND. Qué viene usted aquí á buscar
			MAG. Yo...
			COND. ¿Se atreve usted á picar los umbrales de esta casa? Salga usted, etc.
54	3	{ como á ella compadecía y al seductor despreciaba ....	{ que al seductor despreciaba como á ella compadecía

# ACTO TERCERO.

Pág.	Línea.	DICE.	DEBE DECIR.
55	18	á mi pesar recordaba.....	y á mi pesar recordaba
57	29	y de encantos cercaremos....	y de encantos rodearemos
63	27	mil mercancías groseras.....	vil mercancía grosera
68	28	esposa... yo sabré darte.....	su esposa, yo sabré darte
73	28	Si cesen ya tus rigores:	Sí, cesen ya sus rigores
		el ver su pena contrita	al ver su pena contrita;
		y ante esa cuna bendita.....	que ante esa cuna bendita







# AUMENTO Á LA ADICION DE 1.º DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS.			
Un buen apunte.....	1	D. Eduardo Malvar. ....	Todo.
Administracion pública.....	3	Enrique Gaspar.....	»
Ángel.....	3	F. Javier Santero...	»

## ZARZUELAS.

Chanteuse par amour....	1	Sres. Paul y Cenrión...	M.
Heloise et Abelard.....	1	D. H. Litolff.....	M.
La mejor venganza.....	1	Sres. Ruesga, Prieto, y Espino.....	L. y 1/2 M.
La chamor du printemps.....	1	D. Robert Planquette..	M.
La jeunesse de Beranger.....	1	Robert Planquette..	M.
La saint Nicolás!.....	1	D. Robert Planquette..	M.
Le chevalier Gaston.....	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M.
Les Rendez vous galants.....	1	D. Robert Planquette..	M.
Memnon.....	1	C. Grisart.....	M.
Paille d'avoine. ....	1	Robert Planquette..	M.
L'amour et son carquois.....	2	Ch. Lecocq. ....	M.
Florinda. ....	3	J. J. Jimenez Delgado	L.
La Boite de Pandore.....	3	H. Litolff....	M.
Les noces de Fernande.....	3	Louis Delfes.....	M.
Les voltigeurs de la 32 <sup>me</sup> .....	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette.....	L. y M.
Niniche.....	3	Marius Bouliard. ....	M.
La fiancée du roi de Garbe.....	4	H. Litolff.....	M.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galeria.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.



